

el rito truncado...

MADRID. Teatro Club. Estreno de "La vidente", de André Roussin, por la compañía de María Luisa Ponte. En las butacas, los estrenistas de costumbre, que se saludan en los entreactos desde hace mucho tiempo. Es una noche más del teatro madrileño. Todo posee ese aire fantasmal, un poco adormilado, como fuera del tiempo, que es tan frecuente en el moderno teatro español. No hay espectadores jóvenes. O, si los hay, son profesionales del teatro, el cine o la literatura, que están allí porque aquello forma parte de sus obligaciones, de su trabajo. Por supuesto, no se habla de la obra que va a representarse. Los primeros encuentros del vestíbulo antes de que empiece la función, se aprovechan para los pequeños ataques y las justificaciones.

Y hay que meterse dentro, porque los minutos rituales de retraso han pasado.

El teatro no está completamente lleno. Frente al vecino Palacio de la Música, donde estrenaban una película norteamericana, había grandes focos que despertaban la atención de cuantos pasaban por la Gran Vía. Algunos de los espectadores del Palacio de la Música llevaban smoking.

En el Teatro Club es todo muy distinto. La mayor parte de los que se meten por su escalerilla parecen maduras parejas destempladas por el frío que anduviesen buscando un buen café con leche. Van, sin embargo, al teatro, según atestigua un pequeño cartel —¡qué grande resulta el mural cinematográfico!— pegado en la puerta, con recuadros y letras en diversos tipos que quizá han dado a María Luisa Ponte sus buenos quebraderos de cabeza.

La función empieza a las once y diez. Una hora avanzadísima. Nadie de los que están aquí —de los que estamos aquí— tendrá una mañana trabajadora. No importa. La mayor parte, salvo el grupo de profesionales, son clases pasivas.

Se levanta el telón. Allí está Guadalupe Muñoz Sampedro, para los estrenistas, Guadalupe. Todos la han visto docenas de veces en papeles cómicos. Y sólo con verla, ya sonríen. Entra luego Irene Daina, a la que todos han oído cantar en uno de los últimos programas de televisión. Y, después, María Luisa Ponte, la cabecera de compañía. Hay un ligero desconcierto admirativo en el público, porque la buena actriz, siempre tan brillante en papeles exuberantes y un tanto castizos, está ahora contenida, planteando en un plano interior la asimilación del personaje.

La representación continúa. Los diálogos entre Guadalupe y la Moneró tienen la eficacia cómica prevista. El reparto está bien hecho y la comedia, dentro de su marginalidad, de su problemática contemporánea, tiene detrás a un escritor que conoce su oficio. Es un texto emotivo, que atraviesa siempre que conviene el "truco escénico" al límite del melodrama, y que combina el artificio más radical con tantas cuantas ideas inteligibles y capaces de dar un cierto cuerpo a la levisima comedia. Todo marcha correctamente. Varias escenas son aplaudidas. A algún estrenista le oigo comentar en el entreacto que ésta es una de las mejores obras de la actual, y por lo general desahogada, temporada madrileña. Hay en el público una pasividad complacida, como si en esta ocasión no se abusase demasiado de su imperturbable paciencia...

Hemos llegado a la última escena de la obra. Frente a la bola de cristal, en el decorado rojo y exótico de una vieja vidente, Guadalupe Muñoz Sampedro intenta hablar con los espíritus de los muertos. Irrumpe María Luisa Ponte, Madame Karma, la más ilustre de las videntes de Francia, desesperada por la muerte en accidente de su hijo. Parece que, al sentarse, ha sujetado con una pata del sillón la larga bata de Guadalupe Muñoz Sampedro. Es la escena final. Una escena, como es lógico, brillante, emotiva, destinada a arrancar los aplausos de la sala. Las dos mujeres lloriquean, pero es el caso que, aun cuando la Ponte se ha levantado varias veces, fingiendo que cambiaba de posición, para dar tiempo a que su compañera librara el faldón de la bata, Guadalupe Muñoz Sampedro interpreta la escena doblada, ligeramente congestionada, sin superar —así parece— el pequeño y tonto incidente...

La obra concluye. La última frase de Roussin está dicha. Pero Guadalupe Muñoz Sampedro no se pone en pie. Se apoya en los hombros de María Luisa Ponte. Se apoya también en otro de los compañeros que ha salido a saludar. Hay un momento de desconcierto, de despertar, casi de terror en la sala. La actriz sonríe sentada ahora en el butacón. El telón repite el rito de los finales con éxito, ajeno totalmente a lo que sucede. Luchy Soto, la hija de la actriz, que estaba entre cajas, se lanza hacia Guadalupe para atenderla... Delante, la fila de actores no sabe qué hacer. Se adelanta María Luisa Ponte. Esta vez no son triviales y sabidas palabras de gratitud lo que va a decir, sino: "Quiero que corran el telón. Guadalupe está enferma".

¿Qué pasa?

Ha sido un terrible y grandioso minuto de verdad en el gran sueño de nuestra escena, casi siempre tan dormida, tan cómoda, tan falsa.

Minutos después se sabe que la actriz ha sufrido un ataque cerebral. Se sabe también que el papel se lo han dado ya a otra actriz. Ahora, al cerrar esta columna, se sabe también que, por fortuna, Guadalupe Muñoz Sampedro se recupera. Que pronto volverá a los escenarios para que los estrenistas repitan, con sólo verla, su sonrisa de siempre.

JOSE MONLEON

Paraguas
Caravel
Un
estilo
inconfundible
Una
silueta
elegante

Caravel

PANOSA
MADRID 28 y 29 de mayo de 1964